

H MADRID HISTÓRICO

Número 90 / 5,95 euros

NOVIEMBRE/DICIEMBRE 2020

**DOS LIBRAS DE PAN Y MEDIA DE CARNE AL DÍA
MARÍA DE MOLINA, LA CONCILIADORA**

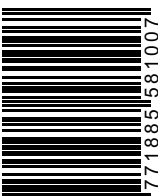
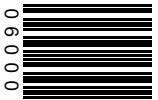


**ANSELMO MUÑOZ,
ALCALDE DE VICÁLVARO**

PASEO MUSICAL: LA GRAN VÍA

DOSIER:

El Laurel de Baco: Una cerveza madrileña



0.009.0

ISSN 1885-5810

9 771885 581007

ISABEL II

Nombrada reina de España con tan sólo tres años de edad, y casada con dieciséis, Isabel II tuvo que lidiar con un periodo especialmente convulso en lo político y social. En esta ocasión retrocedemos al segundo tercio del siglo XIX para revivir, un Madrid y una nación de constantes cambios y confrontaciones.

Una coplilla popular del siglo XIX dice: «Lloraban los liberales que la reina no paría y parió más *muñoces* que liberales había». La graciosa letra muestra el agudo in-



genio de quien la compuso. Pero tras las aparentemente inocentes palabras del pueblo, se escondían sus temores y se hacía referencia a unos hechos de los que eran testigos. Y es que, cuando M.^a Isabel Luisa, como se llamó a la primogénita de Fernando VII y su cuarta esposa, nació no pudo encontrar una situación política más revuelta. De ahí procedían los temores.

Corría el año 1830 y, con el real alumbramiento, la sucesión al trono de España quedaba asegurada. Por mujer, no obstante. Un nuevo embarazo de la reina M.^a Cristina tranquilizó a los que consideraban que la estabilidad política del país estaría garantizada si llegaba el deseado heredero. Desgraciadamente, tras otro feliz parto, hubo una nueva decepción, al llegar a este mundo otra niña. La situación era grave, ya que Felipe V había hecho proclamar la Ley Sálica, que negaba la corona a las mujeres. Y aunque había sido revocada por Carlos III, no se llegó a publicar la necesaria Pragmática. De ello se ocuparía el propio Fernando VII, al ser consciente de los problemas que podía provocar el asunto de la sucesión a su muerte. Pero alguien, con intereses particulares en que ninguna de esas niñas reinase, no reconoció la legitimidad de su acción. Se trataba de Carlos María Isidro, hermano del rey y siguiente en la línea sucesoria, si no se modificaba la citada Ley.

Don Carlos será el responsable de las guerras carlistas y el protagonista de los sucesos de La Granja. En este episodio, él y sus partidarios aprovecharon que el rey se encontraba enfermo en la localidad segoviana para hacerle firmar un documento que permitía a la Ley Sálica entrar de nuevo en vigor. Así el camino al trono quedaba libre para él en caso de fallecimiento del monarca.

La reina Cristina, que siempre defendió los derechos de su hija a la Corona, se apoyó entonces en los liberales, que siempre tuvieron la esperanza de que esta diese a luz un heredero varón para poder alejar a los conservadores carlistas.

Pero el rey se recuperó y apoyó con todas sus fuerzas que su hija se convirtiese en reina de España. Así, el 20 de junio de 1833, con don Carlos en Portugal, fue jurada

como princesa de Asturias. Duraría poco ostentando este título, ya que su padre muere ese mismo año y ella es proclamada reina a los tres años de edad. Habrá que esperar a que la llamada Reina de los Tristes Destinos cumpla los trece para ser declarada mayor de edad. Hasta entonces en España hubo una regencia, desempeñada por su madre en los primeros años, durante los que volvería a casarse. El afortunado fue Fernando Muñoz, apuesto guardia de Corps de la reina y al que hizo duque de Riánsares. De su nuevo matrimonio, a Cristina le nacerán nada menos que ocho hijos, de los cuales cinco serán varones. Son los *muñoces* a los que se refería la coplilla con que abrimos este artículo. Pero Cristina es acusada de excesivo conservadurismo por los políticos liberales y empujada a renunciar a la regencia. Marchará a Francia con su prole. Es el año de 1841 y en España se alza como nuevo regente un militar de nombre Baldomero Espartero, quien, gracias a sus ideas liberales, es el santo político del momento.

Pero la nueva situación no era del agrado de todos y pronto se produce un levantamiento militar, encabezado por los generales Manuel de la Concha y Diego de León, que pretenden restaurar la regencia de Cristina. Con el regimiento de Infantería de la Princesa asaltan el Palacio Real para raptar a Isabel, de once años. Las tropas alcanzan la escalera interior, donde su plan queda frustrado. En ella se encuentran con la resistencia de diecisiete alabarderos, capitaneados por el general Dulce. Diego de León ordena el alto el fuego, al considerar que no deben sonar disparos donde se encontraba la reina. Dulce, igual de delicado, ordena a sus hombres que traigan de la cocina todos los sacos de garbanzos que puedan cargar. Tira las legumbres por la escalera y el efecto no se hace esperar. Pronto los asaltantes no pueden seguir avanzando. Han sido vencidos por la audacia y por unas sencillas legumbres. El acto tendrá consecuencias funestas para Diego de León, que será fusilado. Lo hará sin perder la serenidad y vistiendo un uniforme lleno de condecoraciones.

Espartero es tachado de inflexible por el fusilamiento y pierde el favor del pueblo. No tiene más remedio que declarar la mayoría de edad de la reina, renunciando a la regencia. Así se hace el 8 de noviembre de 1843.

Tras el leve freno puesto a la lucha política del momento, había que pensar en casar a la joven reina. Su boda no era una cuestión insignificante y las potencias extranjeras intentan buscar un rey sin mucho carácter y preferentemente apocado y poco problemático. Su objetivo era contar con alguien que no llegase a dificultar posibles alianzas. El elegido fue Francisco de Asís, primo de Isabel. Al comunicar a la joven la decisión, esta se opuso horrorizada, exclamando: «¡Antes de casarme con Paquita abdicaré o me pegaré un tiro!». Hacía referencia al aspecto afeminado del que sería su esposo. Este particular no había escapado al ingenioso pueblo, que compuso una cruel coplilla que decía: «Paquito natillas es de pasta flora / y orina en cuclillas como una señora».

El caso es que el matrimonio, al que la reina llegó con dieciséis años, no fue feliz, e Isabel llegó a decir que odiaba a su marido. Pero la reina tuvo diez hijos, de los que Ricardo de la Cierva hizo una relación. También de sus



Escultura de Espartero

respectivos padres supuestos, entre los que colocaba a marqueses, militares, políticos e intelectuales. Algún hijo le atribuye al consorte, no obstante. Una anécdota relata que un día, enfadada, la madre de Isabel II dijo a su yerno: «No mereces compartir el lecho ni el amor de mi hija», a lo que él respondió: «Quédate tranquila, mamá; no comparto ni lo uno ni lo otro».

La verdad es que Isabel II no tuvo un reinado fácil. Lo ejerció en un período de transición en el que la monarquía cedía poder político al parlamento. Aun así, no dejó de interferir en la política, dejándose manipular por quienes tenía cerca. Además, los ciudadanos se sentían frustrados al ver que su lucha por la democracia fracasaba. Por si todo fuera poco, había una gran corrupción y los pocos cambios en que se daban en la escena política llegaban de la mano de pronunciamientos militares.

Es cierto que bajo su jefatura del Estado se intentó modernizar el país, añadiendo líneas de ferrocarril y fomentando el progreso de la industria. Pero sin adaptar el ancho de vía al europeo y sin trazar caminos para acceder a las estaciones. Nunca se pensó en el crecimiento sostenible y el sistema educativo era pésimo. Adicionalmente, se sucedieron revueltas e incidentes, entre los que destacaríamos la Vicalvarada y la Noche de San Daniel.

Isabel II se encontraba cada vez con más dificultades, a las que había que añadir la muerte de O'Donnell y Narváez, dos de los hombres fuertes del Estado, en 1867 y



María Cristina estatua.

1868, respectivamente. En palabras de Valle-Inclán, se estaba llegando a «los amenes de los faustos isabelinos». Y así fue, ya que en 1868 estalló una revolución diferente a otras que la reina había visto. Se llamó la Gloriosa e iba a apartarla definitivamente del trono. Un militar llamado Serrano sería elevado a la jefatura del Estado como regente por decisión de Prim, quien tenía claro que, con este acto, lo encerraba en una jaula de oro y, al mismo tiempo, colmaba su vanidad. Isabel II se exilió en París. Su amigo, el marqués de Alcañices, intentó convencerla para que no huyese, diciendo: «Señora: ¿va a renunciar al laurel de la gloria?». La reina, sin dudarle, respondería: «Mira, Alcañices, la gloria para los niños y el laurel para la pepitoria».



Placa en calle Serrano.

Desde su exilio de París, la reina sería testigo de la Primera República, del reinado de Amadeo I, del de su hijo Alfonso, en quien abdicará y a quien sobrevivirá, del comienzo del de su nieto y de la regencia ejercida por su nuera, con la que tuvo frecuentes altercados. Un día, esta le advirtió: «Aquí yo soy la reina; lo que tú fuiste una vez». Isabel contestó: «Estás equivocada. Mi nombre en la historia irá acompañado por un número mientras tú no eres más que la viuda del rey».

Un día de abril de 1904 la mujer una vez llamada Isabel II dejaba de existir por las complicaciones bronco-pulmonares de una gripe. Como diría Larra, que abandonó este mundo un lunes de carnaval de 1837, llegó un momento en que la situación en que ella estuvo inmersa «se escapaba de sí misma como una chocolatera puesta sobre las brasas, por arriba». Y es que la España de Isabel II fue un volcán a punto de estallar.

La que, según Pérez Galdós, fue persona de alma ingenua e inmensa ternura, indolente, fácil a la piedad y al perdón, a la caridad y también incapaz de tomar ninguna resolución tenaz y vigorosa sufrió, quizá, el mayor de los infortunios habiendo nacido reina en un período destinado a ir borrándose de la memoria. ■

¿QUIERES ACOMPAÑARNOS EN NUESTROS RECORRIDOS POR MADRID?

Como investigadores de la historia de nuestra ciudad, como escritores y como madrileños, nos planteamos enseñártela con calma, con cariño y con cuidado.

Tenemos actividades como «El Madrid de los fantasmas y de las casas encantadas», «Hotel Ritz entre bambalinas», «Crímenes, amores y recetas de cocina», «Madrid del ¡No pasarán!», visitas al Casino y a las reales academias, entre otras.

Más información en www.exploraldesconocido.com